

las alianzas de la nobleza de raza con esos ricos advenedizos; pero, como siempre, deja á la posteridad el cuidado de remediar este mal.

No menos indignación manifiesta contra los Elegidos, subdelegados de los Tesoreros generales en el reparto de los pechos. «Estos funcionarios, dice, son la verdadera causa de la miseria del pueblo, tanto á causa de su gran número, tan excesivo que constituye más de cuatro millones de exentos, como por sus malversaciones, tan corrientes que apenas hay uno de ellos que no rebaje las cargas de su parroquia... y que no temen cargarse de crímenes aumentando en su provecho los impuestos que pesan sobre el pueblo.» Richelieu lo sabe y lo deplora, pero nada hace para remediarlo.

#### V.—Las insurrecciones de la miseria

La política económica del gobierno provocó en todo el reino motines é insurrecciones. Dijón se había sublevado en 1630 (28 de febrero-1.º de marzo) contra los arbitrios, y la Provenza en 1631 contra la creación de los Elegidos. El mismo año hubo una «emoción popular» en París, en donde, además de los derechos que pagaba el vino para la circulación y que eran considerables, los vendedores estaban sujetos á un derecho de detalle por las bebidas que vendían al por menor. El gobierno quiso doblar este derecho y el pueblo se amotinó, y habiéndose negado los ciudadanos á tomar las armas para restablecer el orden, fué preciso enviar dos regimientos de guardias que dieron muerte á algunos sediciosos; después de lo cual Richelieu, alarmado, mandó revocar el Edicto. En Lyon, en donde las tarifas aduaneras habían sido «reapreciadas», es decir, aumentadas considerablemente y en parte dobladas (octubre de 1632), el pueblo saqueó la oficina de la aduana y sitió la residencia del preboste de los mercaderes. Richelieu envió allí á un relator, Moriq, con cuatro regimientos, y varios amotinados perecieron en la horca.

Con motivo de las cuotas que el fisco quiso imponer á los taberneros de Burdeos, fueron saqueadas varias casas, asesinados algunos funcionarios del rey é incendiadas las Casas Consistoriales, y los campesinos de los alrededores «cometieron muchas crueldades» (mayo de 1635). Agen, La Reole, Condom y Perigueux hicieron lo mismo que Burdeos, y los habitantes del burgo de Montferrand se arrojaron sobre su párroco, que les predicaba que pagaran el impuesto, y «lo dejaron por muerto» (1635).

Al año siguiente, los aldeanos del Limosín y del Poitou se sublevaron; en el Angoumois, partidas de 7 á 8.000 hombres, de ellos 3 ó 4.000 armados, recorrieron el país, despedazaron á un pobre cirujano á quien tomaron por un recaudador de impuestos, un «gabelista», y en Saint-Savinien descuartizaron vivo á un comisionado de arbitrios; y en Gascuña y en Perigord estalló una nueva insurrección de villanos, contra los cuales fué menester enviar al duque de La Valette, lugarteniente general de Guena, que mató á 1.200 de ellos en sus barricadas de La Sauvetat-d'Eymet (junio de 1637).

Los habitantes de las ciudades simpatizaban con los insurrectos del campo: «Si el señor conde no hubiese

sido muerto (en la Marfée), escribía un agente de Richelieu, el P. Carré, habría sido bien recibido por la mitad de París; así lo cree todo el mundo, como también que toda Francia se habría unido á él á causa del sueldo por libra y otras vejaciones de que los asentistas hacen víctima al pueblo, que está muy descontento.»

De todas las provincias, Normandía era la más agobiada por los impuestos, pagando ella sola la sexta parte de los pechos (7.152.000 libras).

«Señor, decía ya el cuaderno de los Estados de 1634, nos estremecemos de horror á causa de las miserias del pobre aldeano; en los años anteriores hemos visto á algunos de ellos lanzarse á la muerte desesperados por las cargas que no podían soportar, y á otros, uncidos al yugo del arado como animales, arar la tierra y pacer la hierba... Esto no obstante nuestros pechos no han disminuido, antes al contrario han aumentado hasta el punto de haber quitado la camisa que quedaba para cubrir la desnudez del cuerpo, y de haber impedido en muchos lugares á las mujeres, por la confusión de su propia vergüenza, asistir á las iglesias y estar entre los cristianos.»

Sin embargo, en enero (1634), el rey había anunciado solemnemente, en un Edicto de reforma del impuesto directo, que por aquel año rebajaba á sus súbditos una cuarta parte de los pechos; pero si cumplió su promesa (lo cual es muy dudoso), se indemnizó de sobra en los años siguientes.

«No queremos entrar, dice el cuaderno de 1638, en el detalle de los impuestos, tributos, prestaciones personales, etapas y contribuciones con que, á pretexto de la guerra, se nos agobia desde hace dos años; el número de los mismos abruma la memoria, y su exceso confunde el entendimiento...»

La Elección de Arques, que en 1637 había pagado 40.000 libras por todo el año, había tenido que entregar al Tesoro, por los dos primeros trimestres de 1638, 98.000 más.

«En vez de un sueldo que se pagaba por el pecho, se pagan ahora cerca de siete, y en este momento las cargas que se multiplican ponen en nuestra boca las palabras de aquel que, siendo diputado de los Estados de su país y viendo que un príncipe había doblado el pecho, le dijo que les diera dos otoños, dos cosechas y dos vendimias en un mismo año.»

El tono era irrespetuoso y dejaba traslucir la rebeldía; pero, á pesar de ello, el gobierno no dejó de establecer la gabela en las Elecciones de Valognes, Avranches, Mortain, Coutances y Carentán que disfrutaban del privilegio de exención del impuesto de la sal. Enfurecidos los campesinos de las inmediaciones de Avranches, dieron muerte en una posada á Carlos de Poupinel, señor de La Besnardiere, lugarteniente criminal del presidial de Coutances, por sospechas infundadas de que iba á organizar la percepción del impuesto. Muy pronto entraron en campaña algunos millares de hombres armados que tenían por jefe á Juan Vanu-Pieds (Descamisado), probablemente un sacerdote de las inmediaciones de Avranches que hacía llevar delante de él un estandarte con la imagen de San Juan Bautista:

*Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Johannes.*

Su programa era «impedir la recaudación de todos los impuestos establecidos desde la muerte de Enrique IV;» y como sólo mataban á los recaudadores de los pechos y á sus secuaces, el pueblo les apreciaba y les suministraba víveres secretamente. La misma nobleza simpatizaba con aquella insurrección de la miseria y de la desesperación.

De los campos propagóse el movimiento á las ciudades. En Caén, los sediciosos, mandados por un tal Bras-Nus (Brazos desnudos), cometieron innumerables violencias. Peor aún fué lo que hicieron en Ruán: el gobierno había creado una inspección del tinte de los paños que había arrendado por 800.000 libras; y habiendo uno de los agentes de los arrendatarios, Jacobo Hais, querido marcar una pieza de paño, fué acometido por el pueblo que «lo atravesó con clavos y otros hierros y obligó á los que guiaban carros á pasar por encima de su cuerpo.» El presidial informó débilmente, el Parlamento descubrió que el asunto no era de su competencia, y la impunidad dió nuevos ánimos á los amotinados, que en 21 de agosto entraron violentamente en un almacén de salitre, saquearon las oficinas de hacienda y tomaron por asalto la casa de Nicolás Le Tellier, recaudador general de las gabelas. Algunos se dedicaron al pillaje y entonces los ciudadanos, que habían presenciado impasibles los excesos cometidos contra los asentistas, tomaron las armas para castigar los robos é hicieron varias descargas matando á treinta hombres y mujeres é hiriendo á muchos más. «Esta enérgica sangría sofocó la sedición» (23 de agosto).

El Parlamento consideró suficiente el castigo y no instruyó proceso ni contra los muertos ni contra los vivos; pero el Consejo del rey acogió mal sus explicaciones, y en el mes de noviembre, Gassión, un joven coronel que se había distinguido en Alemania, llegó á Normandía con 4.000 soldados para restablecer allí el orden, y entrando en Caén, desarmó á aquellos habitantes. Un intendente de justicia juzgó á los rebeldes y condenó á Bras-Nus y á algunos de sus compañeros á ser enrodados. «Los reos murieron sin arrepentirse de sus faltas y hablando en términos execrables de lo que debían tener en mayor respeto.»

Desde Caén, en donde sus tropas habían vivido á discreción, dirigióse Gassión al arrabal de Abranches, en donde se habían dejado fuertes los descamisados, y mató á muchos de ellos, haciendo prisioneros á otros á los cuales mandó ahorcar.

En 31 de diciembre (1639) llegó á Ruán, ocupando militarmente la ciudad. Detrás de él iba el canceller Seguier, con plenos poderes para hacer lo que el rey habría hecho de haber estado presente. Seguier hizo su entrada escoltado por todas las tropas y entre dos filas de soldados se encaminó á Saint-Ouen, en donde se alojaba. Allí recibió al Parlamento, y habiendo el Primer Presidente afirmado que el Tribunal había cumplido con su deber, el canceller replicó que había ido á la provincia para restablecer la autoridad del rey, que el Parlamento había dejado atropellar, y le ordenó que para la mañana siguiente reuniera todas las Salas.

A eso de las nueve y media, maese Nicolás Tourte y maese Claudio Le Gay, alguaciles del Consejo del rey, vistiendo sus togas y sus bonetes y ostentando sus

cadena de oro, se presentaron en el Parlamento siendo introducidos en el salón de deliberaciones.

«Tourte habló en estos términos: Señores, ¿es este el lugar en donde soléis reuniros? El señor Primer Presidente dijo que sí. ¿Estáis todos reunidos? El señor Primer Presidente dijo que sí. Y entonces aquellos alguaciles, poniéndose nuevamente los birretes, dijeron: Señores, tenemos mandato del rey, por orden de Monseñor el Canciller, de prohibiros á todos la función de vuestros cargos.»

Tourte leyó las letras patentes de 17 de diciembre de 1639, que prohibían á los funcionarios reunirse y les ordenaban que salieran de la ciudad y se agregaran al séquito de Su Majestad cuatro días después de la comunicación de las mismas. Los magistrados habían de ser reemplazados por consejeros de Estado y relatores que Seguier había llevado consigo.

También quedó prohibido el Tribunal de los Arbitrios, abolidos la alcaldía y los concejales y derogados los privilegios. El Canciller decidió por su propia autoridad la suerte de algunos de los sediciosos encarcelados, condenándolos á muerte sin formación de proceso y «dando la orden verbal» de que los ejecutaran «en forma de juicio militar.»

Si de aquel hombre implacable hubiera dependido, la Casa consistorial habría sido arrasada y erigida en su lugar una pirámide que llevara escrita la sentencia del Consejo contra Ruán y sus Tribunales supremos.

A medida que era más poderoso hacíase Richelieu más desapiadado. El, que había soñado con una monarquía paternal, accesible y suave para los súbditos y que resucitara las *audiencias de la puerta*, habíase mostrado cada vez más duro ante el espectáculo de la miseria general y había acabado por persuadirse de que el aligeramiento de los impuestos constituía un peligro. De la necesidad hizo un sistema: es indudable, escribía, que los subsidios impuestos á los pueblos, «aun siendo útiles al público, no dejarían de ser injustos si no fueran moderados;» pero «todos los políticos bienvenen en que si los pueblos gozaran de demasiado bienestar, sería imposible contenerles dentro de la regla de su deber.»

## CAPITULO XII

### RICHELIEU, EL REY Y LA CORTE (1)

- I. Omnipotencia de Richelieu.—II. Las favoritas del rey.
- III. La conspiración de Cinq-Mars.

#### I.—Omnipotencia de Richelieu

El ministro, que, en un principio, disimulaba con tanto cuidado su acción y su poder, que aparentaba dejar al rey la iniciativa y la decisión, á medida que fué triunfando de los enemigos interiores y exteriores,

(1) FUENTES: *Lettres du cardinal de Richelieu*, sobre todo el tomo V. Mario Topín, *Louis XIII et Richelieu. Etude historique accompagnée de lettres inédites du Roi au cardinal de Richelieu*, 1876. Conde de Beauchamp, *Louis XIII d'après sa correspondance avec le cardinal de Richelieu*, 1902. *Mémoires de Henri de Loménie, comte de Brienne; de Fontrailles et de Montrésor*, Mich. y Pouj., 3.ª serie, III; de Montglat, 3.ª serie, V; de La Porte, 3.ª serie, VIII; de H. de Campion, ed. Moreau, 1857; de Puy-ségur, ed. Tamisey de Larroque, 1881; du marquis de Chouffes, d. Moreau, 1861; de Madame de Motteville, ed. Riaux, 1886, I;

habíase revelado dominante, imperioso, irritado contra toda fiscalización y contra toda resistencia, y poco a poco había ido apoderándose de toda la autoridad y se había acostumbrado á dirigir al rey y á gobernar el reino.

Hacia ostentación de su poder, era gran amigo de edificar y en sus últimos tiempos tenía un tren regio. La Iglesia y el Estado subvenían á estos gastos, porque la fortuna personal de Richelieu era modesta: él mismo confiesa que cuando entró en el servicio de la reina madre (1617) no contaba más que con 25.000 libras de renta en beneficios eclesiásticos y que, al morir su hermano, heredó otro tanto en inmuebles; en 1634 sus rentas elevábanse ya, según un inventario notarial, á 502.707 libras; y en los años siguientes pasaron de tres millones de libras, procediendo la mitad de ellas de la Iglesia. Habíase hecho construir en París un palacio, el Palacio Cardenal, que le había costado cerca de 10 millones; había gastado sumas considerables en su castillo de Richelieu (Poitou); poseía otro castillo, que era su residencia favorita, en los alrededores de París, en Rueil; tenía para guardar su casa una compañía de infantería y otra de hidalgos para guardar su persona; y sus coches, sus guardias y su mesa le costaban mil escudos diarios.

Tiene el orgullo de su jerarquía y de su mérito; cardenal y principal ministro de Estado, pretende no estar por debajo más que de los reyes. «...Iba delante de los príncipes de la sangre, incluso en su casa, contra el antiguo orden. El príncipe de Condé se conformaba con todo y hasta levantaba el cortinaje y lo sostenía cuando él pasaba por una puerta.» No dió la mano, es decir, la derecha, al príncipe de Piemonte, Víctor Amadeo, que después fué duque de Saboya, y pasó delante de él, lo que hizo exclamar al conde de La Porte, tío de Richelieu: «¡Quién hubiera creído que el nieto del abogado La Porte pasaría delante del nieto de Carlos V (1)!»

El año mismo de su muerte recibió, estando enfermo, la visita de Ana de Austria: «No se levantó de su sillón, lo que la sorprendió mucho, sobre todo cuando le dijo que no debía encontrar extraño su proceder, puesto que en España los cardenales permanecían sentados delante de las reinas.» Ana, «al ver que se expresaba en aquel tono,» replicó «que había olvidado las costumbres de España y que era enteramente francesa. Este proceder desagradó al rey...»

El gobierno está en manos de sus hechuras: Claudio y León Bouthillier, secretarios de Estado; Bullión, superintendente de hacienda; el P. José, nombrado ministro de Estado en 1634; y el canciller Seguier.

de Nicolas Goulas, I, «S. H. F.» Carlos Bernard, *Histoire du roy Louis XIII*, 1646. Tallemant des Reaux, *Historiettes*, pub. por Monmerqué y Paulino Paris, 3.ª ed., 1862, tomo I: «le cardinal de Richelieu;» tomo II: «le surintendant Bullion, Madame d'Aiguillon, le duc de Brezé, le maréchal de La Meilleraye;» tomo III: «Mesdames de Rohan,» «Archives curieuses,» 2.ª serie, V.

OBRA DE CONSULTA: Le Vassor, *Histoire de Louis XIII*, VI. El P. Griffet, *Histoire du règne de Louis XIII*, 1758, III. Hannotaux, *Histoire du cardinal de Richelieu*, I. Victor Cousin, *Madame de Hautefort*, 1856. J. P. Basserie, *La Conjuration de Cinq-Mars*, 1895.

(1) Más exactamente el biznieto, puesto que Carlos Manuel, padre de Víctor Amadeo, se había casado con una hija de Felice de II.

Cuando falleció el P. José, en 1638, Richelieu hizo venir á Francia y empleó á aquel Julio Mazarino que tantos servicios había prestado en las negociaciones italianas y que, siendo extranjero en el reino y no teniendo en él vínculo alguno, sólo podía existir por y para su protector.

Richelieu elevó á sus parientes á los más altos cargos. Su hermano Enrique había muerto sin descendencia; su otro hermano fué arzobispo de Lyon y cardenal; sus dos hermanas, Francisca y Nicolasa, se habían casado la una con Renato de Vignerod, señor de Pontcourlay, y la otra con Urbano de Maillé, marqués de Brezé. A su sobrino Francisco de Vignerod, señor de Pontcourlay, le nombró general de las galeras, y habiendo tenido luego que destituirlo á causa de su incapacidad, prodigó sus favores á su hijo, Armando Juan, á quien legó el ducado-pairie de Richelieu y la superintendencia de la navegación, es decir, el mando en jefe de los ejércitos de mar. A su cuñado Urbano de Maillé-Brezé, le hizo mariscal de Francia en 1632 y aseguró á su sobrino Armando de Maillé-Brezé el generalato de las galeras (2).

Su tío paterno, Amador de La Porte, comendador de Malta, fué una especie de administrador en jefe, de intendente general de la marina; y su primo, Carlos de La Porte, marqués y luego duque de la Meilleraye, gran maestre de artillería en 1633, fué nombrado, en 1639, mariscal de Francia.

A su sobrina, María Magdalena de Vignerod, la hizo duquesa de Aiguillon, y á su otra sobrina, Clara Clemencia de Maillé-Brezé, la elevó á la categoría de princesa de la sangre casándola con el duque de Enghien. Los Pontchateau, descendientes de una tía paterna del cardenal, Luisa Du Plessis, señora de Beçay, participaron también ampliamente de sus favores: uno de ellos, Carlos del Cambout, barón de Pontchateau, fué gobernador de Brest y lugarteniente general de la Baja Bretaña; otro, César del Cambout, marqués de Coislín, fué mariscal de campo y coronel general de los suizos, y de no haber muerto en 1641, hubiera sido «encumbrado muy alto.» El cardenal casó á la mayor de las hijas del barón de Pontchateau con el duque de La Valette, hijo del duque de Eperón; y á la mayor, en primeras nupcias, con el favorito de Gastón de Orleans, Puylaurens, á quien hizo nombrar duque y par en gracia á este matrimonio, y en segundas, con Enrique de Lorena, conde de Harcourt. Y á otra de sus sobrinas, la señorita Du Plessis-Chivray, casóla con el conde de Guiche, á quien nombró mariscal de Francia en 1641. Hablando de Richelieu, dice Montglat que era «el mejor amo, pariente ó amigo que jamás hubiese existido, y con tal que estuviera convencido de que un hombre le amaba, la fortuna de éste estaba hecha.»

Quería, sin embargo, ser el señor de su familia y de su clientela: había montado hasta en sus menores detalles la casa de Pontcourlay, general de las galeras, y de la señora de Pontcourlay, fijando el número de camareras, escuderos y criados, sin descuidar la nodriza; y tuvo muy sujeto á su sobrino político, el duque de

(2) Luis XIII modificó este artículo del testamento, dando la superintendencia de la navegación á Brezé y el generalato de las galeras á Armando Juan, duque de Richelieu. *Mémoires de Montglat*, pág. 135, Mich. y Pouj., 3.ª serie, V.

Enghien, que era soberbio é indócil, habiéndole obligado en cierta ocasión á regresar desde Dijón á Lyon y aun á llegar hasta Orange para que saludara á su hermano, el cardenal arzobispo de Lyon, Alfonso Du Plessis, á quien intencionadamente no había visitado al pasar por su residencia. Esta necesidad de dominar se exacerbaba á veces hasta la violencia; así el fiel Bouthillier se lamentaba á Brienne de las «durezas» del cardenal. Bullión, hombre hábil y que durante ocho años (1632-1640) proveyó á las prodigiosas necesidades de la guerra y de la administración, pudo impunemente realizar negocios y amontonar dinero hasta el día en que Luis XIII dió á entender que lo consideraba capaz de reemplazar al ministro. Richelieu tuvo entonces celos de él y á fin de procurarse los medios de procesarle cuando lo estimara conveniente, le obligó á firmar un documento en que confesaba haber realizado una operación irregular, sacando «las tenazas del fuego para darle con ellas en la cabeza.» Bullión murió muy oportunamente en diciembre de 1640. Pero mientras cree que sus servidores le permanecen fieles, Richelieu los sostiene, los ayuda y los hace ascender. Conserva para sí ó dá á los suyos los más importantes cargos del Estado; tiene plazas de armas, Brouage y El Havre, esta última muy fuerte, que lega á sus herederos; y coloca á sus parientes y amigos en todas las sendas del poder.

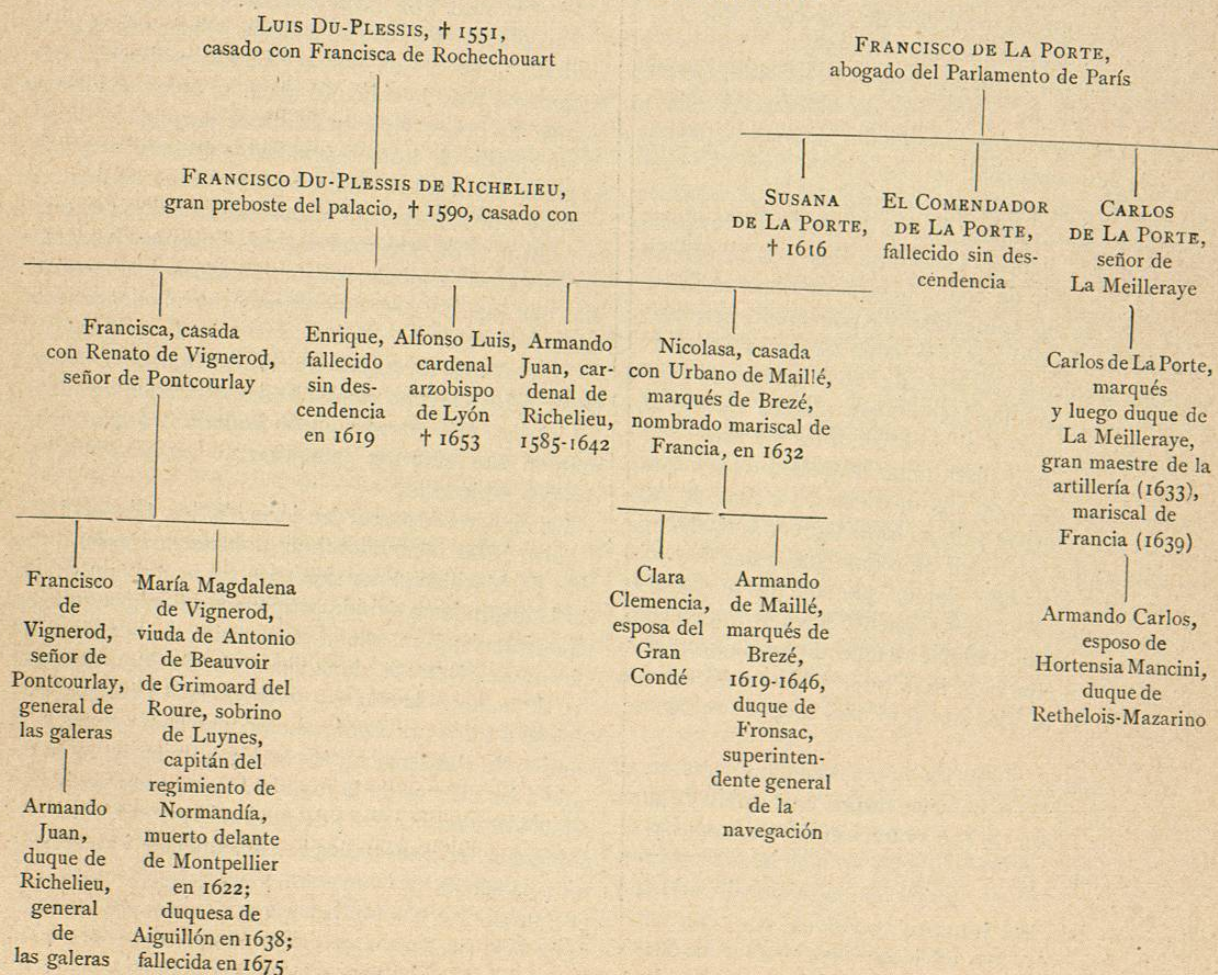
Preocúpale, al parecer, tanto disponer del porvenir

como del presente, olvidándose de que en los Estados generales de 1614, entre las razones que aducía en favor de la participación del Clero en la gobernación del Estado, había la de que los eclesiásticos «están más despojados que cualesquiera otras personas de intereses particulares...» porque permaneciendo célibes... nada les sobrevive después de esta vida más que sus almas.» Su conducta desmiente su teoría, y en su testamento político explica que conservaba en sus cargos á aquellos á quienes creía más estrechamente obligados á seguir sus consejos y sus huellas. Mas no trataba únicamente de asegurar su política, sino que por la necesidad de protegerse á sí mismo repartía entre sus deudos el poder del Estado y por debilidad humana ó por prejuicio aristocrático procuraba perpetuar en ellos la posesión de esta fuerza.

El rey reina y Richelieu gobierna, siendo precisa una gran dosis de buena voluntad para dudar de esto. Luis XIII era inteligente, pero ignorante; y el cuidado que ponía su ministro en explicarle punto por punto todos los negocios, con abundancia verdaderamente excesiva de pruebas y de razonamientos, no se comprende sino por la necesidad de educarle diplomática y políticamente.

Las cartas de Luis XIII demuestran al que las lee sin prevención alguna, que este monarca comprendía á Richelieu y le juzgaba superior al resto de sus súbditos. Estas cartas son lacónicas, simples billetes ó respuestas

## LOS RICHELIEU Y LOS LA PORTE



á las extensas memorias explicativas del ministro; no hay una en que se indique una política que haya de seguirse una iniciativa que haya de tomarse en el conflicto europeo. El rey aprueba en ellas las ideas de Richelieu, empleando á veces las mismas frases de éste; no emite nunca conceptos de conjunto, y únicamente se ocupa de detalles y de hechos, y sólo muy de tarde en tarde una nota personal rompe esta monotonía de adhesión: «Encuentro muy extraño, escribe en 5 de diciembre de 1637, que el rey de España se haya retirado al Escorial en los actuales momentos, en que tiene pendientes tantos asuntos en su país y fuera de él; si yo hubiese hecho otro tanto el año pasado (el año de Corbie) retirándome á alguna de mis casas, en buen estado habría quedado el reino.»

El monarca desconfía con razón (y en esto estriba su mérito) de sí mismo; como tenía buen criterio, estimábase incapaz de llevar á buen término una negociación ó una guerra, y por esto adopta la costumbre de entregarse por completo en manos del cardenal, como lo prueban hasta la saciedad sus cartas. Si hay que hablar al Clero, á los nuncios, á los embajadores ó á los agentes de los príncipes extranjeros, apremia á Richelieu para que le comunique lo que ha de decir: «He escuchado, escribe, á los señores del Clero, á quienes he contestado palabra por palabra lo que estaba consignado en vuestra memoria» (20 de abril de 1636); «No dejaré de hablar á los nuncios en la forma que me indicáis» (29 de agosto de 1635); «Los embajadores de Inglaterra me han pedido audiencia para mañana por la mañana, y os ruego me digáis de qué creéis que van á hablarme á fin de no verme sorprendido.» Promete al cardenal guardar el secreto sobre ciertos asuntos: «No hablaré á nadie de la cuestión de Polonia.» No da un beneficio ni hace un nombramiento, ni siquiera del ejército ó de su propia casa, sin consultarle, y así, por ejemplo, le participa que ha nombrado al señor de Esche lu garteniente de montería con la dirección de los perros para zorros y liebres, esperando que «no le parecerá mal» (24 de junio de 1636); quería nombrar abanderado de una de sus compañías á Roquemont, pero no le ha hablado de ello á él ni á nadie sin saber antes si el cardenal aprobaría esta elección (26 de febrero de 1636); envía una orden á Du Hallier, que marcha sobre Metz, y en seguida escribe al ministro: «Ya me diréis si he obrado bien ó no;» platica con Richelieu de sus cazas, de sus devociones, de sus medicinas, de Ana de Austria, de los favoritos y de las favoritas, como si el ministro hubiera de intervenir en todas estas cosas de carácter privado, y á veces parece que solicita su permiso: «Os ruego que me digáis si puedo, en vuestro concepto, permanecer todavía algún tiempo en este sitio (Saint-Germain), en cual caso haré venir á la reina, pues, sin compañía, las veladas son aquí muy largas» (10 de enero de 1637).

Sin embargo, sigue las operaciones militares en el mapa, calcula las distancias, indica un cambio de guarnición, un punto de concentración de las tropas y señala las etapas de los soldados en marcha. Es un excelente furriel; traza el camino que seguirán el cardenal y él mismo para ir á juntarse con el ejército; conoce el nombre de todos sus oficiales; lleva cuenta exacta de sus servicios y se complace en todos los detalles de la

administración militar. Para distraerse, caza, cultiva guisantes que envía al mercado para la venta, y mecha trozos de carne con su escudero Jorge.

La subordinación en que vive le molesta, como es natural, y á veces se resiste. En algunas ocasiones se consideraba demasiado obscurecido para ser un rey y un gran rey, y la pasión que siente «por la gloria de su Estado y por la suya propia,» si por una parte le hace indispensable á Richelieu, por otra hace que lo encuentre insoportable. Alguna vez manifestaba que le desagradaban los hombres de confianza del cardenal: «Os ruego que cuando queráis enviarme á alguien en vuestra representación, me enviéis á otro que no sea el señor de Chavigny» (Bouthillier, el joven). Tampoco le agradaban Servieu, que hablaba alto, ni Bautru (conde de Rogent), que todo lo contaba. Indignóse de que Richelieu quisiera impedirle ir á reunirse con el ejército (1.º de septiembre de 1635); pero su rebeldía no duró más de veinticuatro horas, y al día siguiente escribía al cardenal: «Primo mío, estoy desesperado por el rapto de cólera que tuve ayer al escribiros el billete á propósito de mi viaje, y os ruego que lo queméis, olvidando al mismo tiempo lo que decía, y que creáis que no tuve intención de molestaros en nada y que nunca tendré más pensamiento que seguir vuestros buenos consejos en todo puntualmente. Una vez más os ruego que deís al olvido... y me escribáis por el dador diciéndome que ya no os acordáis de ello, con lo cual tranquilizaréis mi espíritu.» Pero después de haberse sometido volvía á sufrir por su sumisión. «Quería ser gobernado, dice La Rochefoucauld, y le impacientaba el serlo.»

Tan pronto se mofaba del fausto y de la soberbia del cardenal (pues era de carácter burlesco y discernía perfectamente todo lo ridículo) como se lamentaba de su tiranía. Richelieu vivía en continua zozobra, temeroso de un cambio de humor, pues sabía «que no se perdía su gracia por grados, sino por precipicios;» el afecto de la víspera no le aseguraba la constancia del día siguiente y cuanto más poderoso era, tanto más motivos tenía para temer. Por miedo, no quería tolerar al lado del rey más que espías y hechuras suyas, y por miedo agravaba el descontento.

Desconfiaba especialmente de las mujeres: «Como observó hace mucho tiempo Felipe de Commines, dice, las intrigas más grandes y más importantes que se traman en este reino son generalmente iniciadas y dirigidas por mujeres.»

Las mujeres le pervertían á sus aliados. Chateaufort, á quien había hecho nombrar guardasellos en substitución de Marillac al día siguiente de la jornada de los Burlados, hubiera debido permanecerle fiel por gratitud y por interés; pero estaba enamorado de la señora de Chevreuse. Después de la ejecución de Montmorency (30 de octubre de 1632) y mientras el rey regresaba de Tolosa á París por Lyon, el cardenal había tomado el camino de Burdeos con la corte y la reina, y había estado á las puertas de la muerte á consecuencia de una retención de orina (6-17 de noviembre de 1632). En el entretanto, el guardasellos se adelantó con Ana de Austria y la señora de Chevreuse, y divirtiéndose en las etapas, fuéase alegremente hacia La Rochela, en donde la reina hizo su entrada con gran pompa, dió fiestas y fué muy agasajada. A Luis XIII molestó mucho esta con-

ducta. El cardenal, que se le había unido (2 de enero de 1633) no se quejó; pero sus servidores, el P. José, los dos Bouthillier, el cardenal de La Valette y Bullión, obraron por él y recordaron al rey que habiendo el año anterior proyectado sorprender la ciudad loresna de Moyenvic, Chateaufort había dado cuenta confidencialmente de este proyecto á la señora de Chevreuse, la cual previno al duque de Lorena. Además, ¿acaso no intrigaba en Inglaterra con Enriqueta de Francia para reemplazar al gran tesoro, lord Weston, con el apuesto conde de Holland, amigo de la señora de Chevreuse, y á Fontenay-Mareuil, embajador de Francia en Londres, con el caballero de Jars, otro amigo de la hermosa dama?

El rey, que detestaba las intrigas y no había olvidado el incidente de Moyenvic, mandó prender al guardasellos en 25 de febrero de 1633. La señora de Chevreuse fué desterrada, y el caballero de Jars, juzgado y condenado á muerte por una comisión presidida por Laffemas, no fué indultado hasta que estuvo en el caldoso.

## II.—Las favoritas del rey

Muy distintas fueron las desazones que á Richelieu ocasionaron las favoritas del rey. En 1630, Luis XIII, estando en Lyon, había visto por vez primera á María de Hautefort, una hermosa rubia, en la plenitud de la frescura y de la gracia de sus catorce años. Después de la jornada de los Burlados, la puso como doncella de honor al lado de Ana de Austria, la cual, temerosa de tener en aquella joven una rival, quedó agradablemente sorprendida al encontrar en ella una amiga. La señorita de Hautefort, de carácter generoso y altivo, se apiadaba de las penas de su señora y detestaba al cardenal; y el rey la escuchaba con agrado cuando le hablaba mal del omnipotente ministro. No lograba María igual éxito cuando intercedía en favor de la reina: «Es una ingrata, decía Luis XIII, y algún día os arrepentiréis.» El amor del monarca era apasionado, pero casto; cuando hablaba con ella no se atrevía á mirarla ni á acercarsele demasiado. Un día que María le quitó una carta, quiso él quitársela á su vez; la joven se la metió en su corpiño retándole á que se la tomara, y el rey, que por un momento pensó en recurrir á unas pinzas para sacar el papel, acabó por dejarlo allí.

María y Ana de Austria se divertían con aquellas atenciones de amante tímido. La doncella de honor de la reina no amaba al monarca; era ella vivaracha y burlona y él taciturno y apocado y le hablaba de sus caballos, de sus perros y de sus cacerías. Luis XIII era celoso, aunque ningún derecho tenía para serlo, y no sólo no admitía que la joven pudiera sentir amor por otro, sino que se irritaba de que lo inspirara. Entre aquellos dos «amantes» mal avenidos, las riñas eran continuas; y el rey engañaba su mal humor escribiendo lo que había dicho á su amada y lo que ella le había contestado.

Richelieu, que comenzaba á temer la influencia de la joven, aprovechó una de aquellas disputas para promover un rompimiento. El conde de Saint-Simon (caballero mayor), el duque de Halluin y el maestresala del rey hicieron que éste se fijara en la señorita de La Fayette, morena hermosa y delicada; Luis XIII se afi-

cionó á ella (1635), la tomó por confidente y le explicó «los disgustos» que «le daba» el Cardenal. «La joven fortalecía en él aquella aversión;» amaba al rey y lo decía en alta voz, y el rey sentíase amado tal como quería serlo, con entero cariño, con toda pureza. La reina no dejaba de sentir inquietud y celos de aquella pasión; pero la señorita de La Fayette sólo pensaba en servirla.

Richelieu acarició por un momento la esperanza de atraerse á la nueva favorita; pero habiendo ésta rechazado sus proposiciones, se propuso hacerla entrar en un convento valiéndose para ello de un dominico, el P. Carré, buen diplomático, que viajaba con frecuencia y á quien Luis XIII llamaba «el capitán de los monjes errantes por el mundo.»

La señorita de La Fayette había prometido hacerse monja á la menor amenaza de peligro para su alma; y la seguridad de este refugio en el seno de Dios la tranquilizaba respecto de su broma inocente con Luis XIII; pero el P. Carré la hizo temer por su salvación, y recatándose del rey y de los parientes de la joven, el obispo de Limoges Francisco de La Fayette, el caballero de La Fayette y la marquesa de Senecey, que tenían interés en que permaneciera en el mundo, la decidió á entrar en un convento, pero la intriga se descubrió. «No sé quién ha descubierto la cosa, escribe el fraile, pues la muchacha me había prometido guardar el secreto.» Para acabar de convencerla, el dominico, fingiendo «una aflicción extrema» por aquella calumnia, le escribió explicándole las suposiciones que provocaba su presencia en la corte, después de su proyecto de retiro, á saber: «que todo había sido una farsa intencionada para penetrar y poseer más profunda y poderosamente los afectos de Su Majestad y para inducirle á daros una suma cuantiosa.»

Richelieu pensó servirse también, para romper las relaciones del rey con la señorita de La Fayette, de un jesuita, el P. Caussin, hombre sencillo y modesto, conocido por una obra de edificación (*Cour Sainte*) y que había sido nombrado confesor del rey en 25 de marzo de 1536; pero este sacerdote no quiso intervenir en el asunto sin consultar antes con los parientes de la favorita y sin haberse convencido de la firmeza de la vocación de ésta. Richelieu le achacaba la culpa de todas aquellas dilaciones, cuando la señorita de La Fayette fué á encerrarse en el convento de Santa María, de la calle de Saint-Antoine (19 de marzo de 1637).

Ana de Austria, á quien su marido tenía abandonada, seguía en relaciones con todos los enemigos del ministro y hasta del reino, y estaba en correspondencia con la señora de Chevreuse, desterrada en Tours, y, lo que era peor, con el Cardenal-Infante, su hermano, gobernador de los Países Bajos, y con el señor de Mirabel, ex embajador de España en Francia. Mas no se contentaba con explicar en sus cartas sus penas y sus contrariedades, sino que, además, comunicaba noticias que afectaban á la seguridad del Estado, avisando, por ejemplo, al gobierno español que el gobierno francés había enviado últimamente á un fraile mínimo, á quien convenía vigilar; que se habían entablado negociaciones con el duque de Lorena, y que era preciso estar alerta. La reina redactaba esta correspondencia peligrosa en Val-de-Grace, adonde con frecuencia se retiraba.